



Vol. 7, No. 3, Spring 2010, 563-571

[www.ncsu.edu/project/acontracorriente](http://www.ncsu.edu/project/acontracorriente)

### **Review/Reseña**

Álvaro García Linera, *La potencia plebeya. Acción colectiva e identidades indígenas, obreras y populares en Bolivia*. Antología y presentación de Pablo Stefanoni. Buenos Aires: Prometeo-Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales, 2009.

## **De la autonomía a la hegemonía**

**Massimo Modonesi**

Universidad Nacional Autónoma de México

Álvaro García Linera es sin duda el intelectual actualmente más en vista de toda América Latina. Su llegada a la vicepresidencia de la República de Bolivia, al lado de Evo Morales, constituye un hito en la historia de la intelectualidad radical latinoamericana. Junto al presidente cocalero aparece como vicepresidente un ex guerrillero, ex preso político, ex militante del indianismo aymara encabezado por Felipe Quispe, profesor universitario, sociólogo especializado en el estudio de los movimientos sociales, y activista intelectual fundador del grupo Comuna junto a Luis Tapia, Raúl Prada y Raquel Gutiérrez.

La antología compilada por el infatigable Pablo Stefanoni y que publica CLACSO ofrece una panorámica del pensamiento de un autor que por su relativa juventud e intensa trayectoria política resulta una construcción en permanente movimiento, estrechamente vinculada a las luchas populares bolivianas de las últimas décadas.

Vistos en su conjunto, los textos nos muestran una combinación de temáticas y abordajes que configuran un perfil intelectual complejo y diversificado. En efecto, en la obra de Álvaro García Linera encontramos las huellas de una serie de influencias. Parte de una matriz marxista clásica—basada en la lectura de Marx y del *Capital*—, marca una distancia frente al marxismo ortodoxo, pesca en el autonomismo italiano, se nutre de la sociología francesa—en particular la obra de Pierre Bourdieu—, selecciona partes de la sociología norteamericana sobre la acción colectiva y los movimientos sociales, se alimenta del debate antropológico sobre multiculturalismo y, finalmente, parece haberse encontrado con el gramscianismo. En medio de esta diversidad, García Linera oscila entre el eclecticismo teórico y la apropiación creativa. Su discurso, a veces sociologizante, a veces marxistizante, tiene la virtud de la densidad y el rigor categorial y tiende a formular conceptos, ordenar hipótesis, y buscar fórmulas que permitan nombrar la realidad socio-política. De la sociología hereda la compulsión hacia la definición conceptual, el amor al arte de nombrar, aunque no tanto el gusto por la cita y la nota al pie visto que sus fuentes aparecen muchas veces ocultas; del marxismo retoma el legado del compromiso teórico de juntar la palabra con la opción estratégica, con la búsqueda de horizontes de acción política.

El pensamiento de García Linera, aunque se revista de sofisticaciones académicas y sin duda transluce un refinamiento intelectual es en efecto, fundamentalmente, un pensamiento militante, orientado hacia la estrategia y la lucha.

Asumiendo en forma equilibrada la tensión estructura-acción común al debate sociológico y al marxismo, García Linera se inclina hacia una perspectiva que muestra los márgenes de maniobra de la acción colectiva a partir de los condicionamientos estructurales. Movimientos sociales y Estado son los temas recurrentes de sus estudios. En un primer

momento, mostrando los elementos y las dimensiones de la crisis del Estado boliviano y apostando por la autonomía relativa de los sujetos y su potencial de resistencia y rebelión; en un segundo momento, mostrando la capacidad de los movimientos sociales para proyectarse hacia el establecimiento de una hegemonía, asumir el poder estatal, modificar los marcos estructurales de la relación de dominación y construir un nuevo orden social. Los conceptos de autonomía y hegemonía sintetizan las principales inquietudes de su recorrido o, si queremos traducirlo en términos de perspectivas teóricas y en la influencia de autores que, sin ser citados, aparecen entre líneas en los textos, de Negri a Gramsci.

Los primeros ensayos presentados en este libro en efecto dan cuenta de una fuerte influencia del autonomismo italiano, en particular de la obra de Antonio Negri de los años 70. El extenso ensayo sobre el *Manifiesto Comunista* despliega una lectura centrada en la subjetividad emergente de la contradicción entre capital y trabajo, en la potencia que se desprende de la lucha y la insubordinación. Esta perspectiva, ahora colocada en un estudio histórico y sociológico, se mantiene en las reflexiones sobre el movimiento obrero que rastrean la conformación de una subjetividad fundamental del campo popular boliviano en el siglo XX, de la cual García Linera enfatiza la autonomía por encima de la subalternidad, optando por resaltar los rasgos independientes y antagonistas por encima de la persistente reconfiguración de modalidades de dominación y subordinación.

La pendiente autonomista de García Linera se manifiesta también en sus análisis sobre el mundo indio y el movimiento indígena. En ellos, la *forma comunidad* aparece como la sucesora de la *forma sindicato*, subsumiendo algunas de sus modalidades y heredando su papel histórico al colocarse en el centro del conflicto. De la *forma comunidad* surge la rebelión, de la autonomía surge el antagonismo. En la experiencia de la guerra del agua de 2000, García Linera—junto a sus compañeros del Grupo Comuna—rescata la *forma multitud*, otra emergencia subjetiva que, junto a la comunidad, viene a cubrir el vacío dejado por la *forma sindicato*. Confirmando la influencia autonomista en García Linera, la idea de *multitud* es usada como sinónimo de articulación de diferencias en sintonía

con la acepción popularizada por Antonio Negri y se distingue del uso que de ella hace René Zavaleta en Bolivia como sinónimo de masa. Sin rechazar el análisis clasista a nivel estructural, García Linera asume que el lente clasista no permite dar cuenta de la conformación de subjetividades socio-políticas y busca claves conceptuales alternativas que reflejen la construcción de identidades, formas de lucha y organización que marcaron el panorama social boliviano en la última década.

En los ensayos más recientes que aparecen en la antología, se percibe la tendencia a pasar de una perspectiva autonomista a un enfoque centrado en el tema de la hegemonía, es decir, la disputa nacional-popular por el poder estatal más que la construcción antagonista de contrapoder socio-político que caracterizaba la primera etapa de su pensamiento. En particular, los dos últimos textos expresan este pasaje del autonomismo al gramscianismo y permiten caracterizar la construcción de un nuevo horizonte teórico en el pensamiento de García Linera a partir de su acercamiento orgánico con el movimiento encabezado por Evo Morales y, posteriormente, su elección a vicepresidente y su papel de co-estratega y co-ideólogo del gobierno del MAS.

Detengámonos en estos textos, dejando espacio a la argumentación del autor.

En el ensayo “Indianismo y marxismo. El desencuentro de dos razones revolucionarias”, escrito en 2005, García Linera recorre los itinerarios históricos y teóricos de dos idearios emancipatorios en Bolivia. En la primera parte liquida rápidamente—y en forma algo simplificada—el marxismo ortodoxo por su incapacidad de rebasar el horizonte de visibilidad de la modernización, por la negación—“un bloqueo cognitivo y una imposibilidad epistemológica”—de la realidad campesina e indígena, y por su subalternidad al Estado surgido del 52, “una especie de nacionalismo revolucionario radicalizado” que compartía los objetivos del nacionalismo revolucionario:

(...) despliegue incesante de la modernidad capitalista del trabajo, sustitución de las relaciones “tradicionales” de producción, especialmente de la comunidad campesina que deberá “colectivizarse” u “obrerizarse”, homogeneización cultural para consolidar el Estado y una creciente estatalización de las actividades

productivas como base de una economía planificada y de una cohesión nacional-estatal de la sociedad. (376)

En los apartados siguientes, los más interesantes del texto, descatalogando y periodizando la emergencia del indianismo, y pasando por una iluminadora distinción entre posturas y corrientes a lo largo de los años, García Linera señala el pasaje fundamental de un momento de génesis del katarismo y su posterior fractura entre una ala radicalizada y otra que será cooptada por el Estado. Finalmente, en relación con los años recientes, el análisis muestra con toda claridad el punto de llegada analítico y político del propio García Linera. En efecto, establece el corte en función de la emergencia de una “estrategia de poder” y “el momento en que el indianismo deja de ser una ideología que resiste en los resquicios de la dominación y se expande como una concepción del mundo proto-hegemónica intentando disputar la capacidad de dirección cultural y política de la sociedad a la ideología neoliberal que había prevalecido durante los últimos dieciocho años. De hecho, hoy se puede decir que la concepción del mundo de corte emancipativo más importante e influyente en la actual vida política del país es el indianismo y es el núcleo discursivo y organizativo de lo que hoy podemos denominar la ‘nueva izquierda’” (388).

Posteriormente, García Linera destaca las diferencias en el indianismo moderado del MAS-IPSP y del radical MIP-CSUTCB. En el primero, centrado en los sindicatos campesinos del Chapare, los elementos étnicos han sido insertados sobre un discurso fundamentalmente “campesinista”, una apertura a “alianzas flexibles y plurales”, y un énfasis en una postura antiimperialista. El autor define esta vertiente como “indianista de izquierda por su capacidad de recoger la memoria nacional-popular, marxista y de izquierda formada en las décadas anteriores, lo que le ha permitido una mayor recepción urbana, multisectorial y plurirregional a su convocatoria, haciendo de ella la principal fuerza político parlamentaria de la izquierda y la principal fuerza electoral municipal del país” (390). Por otra parte, la corriente indianista radical se caracteriza por “un proyecto de indianización total de las estructuras de poder político” y como un “tipo de indianismo nacional aimara” (390).

Aún distinguiendo las vertientes, García Linera muestra una serie de rasgos comunes que le permiten exaltar la emergencia de un proyecto que politizó las luchas sociales y abrió un proceso de disputa por el poder. Veamos *in extenso* este pasaje ilustrativo, que destaca los rasgos autónomos de los movimientos:

- a- Tienen como base social organizativa los sindicatos y comunidades agrarias indígenas.
- b- Los “partidos” o “instrumentos políticos” parlamentarios resultan de coaliciones negociadas de sindicatos campesinos y, en el caso del MAS, urbano populares, que se unen para acceder a representaciones parlamentarias, con lo que la tríada “sindicato-masa-partido”, tan propia de la antigua izquierda, es dejada de lado por una lectura del “partido” como prolongación parlamentaria del sindicato.
- c- Su liderazgo y gran parte de su intelectualidad y plana mayor (en mayor medida en el MIP), son indígenas aimaras o quechuas y productores directos, con lo que la incursión en la política toma la forma de una autorrepresentación de clase y étnica simultáneamente.
- d- La identidad étnica, integracionista en unos casos o autodeterminativa en otros, es la base discursiva del proyecto político con el que se enfrentan al Estado e interpelan al resto de la sociedad, incluido el mundo obrero asalariado.
- e- Si bien la democracia es un escenario de despliegue de sus reivindicaciones, hay una propuesta de ampliación y complejización de la democracia a partir del ejercicio de lógicas organizativas no liberales y la postulación de un proyecto de poder en torno a un tipo de cogobierno de naciones y pueblos. (390-1)

La conclusión de este ensayo abre una disyuntiva política fundamental en la medida en que se pregunta si el movimiento social podrá ser hegemónico, volverse Estado o simplemente un contrapoder. La opción de García Linera trasluce y en ella se vislumbra la apuesta hacia el MAS y la candidatura de Evo Morales y la perspectiva de una transformación que asuma al espacio estatal como clave fundamental, lo cual se traduce teóricamente en el pasaje de una perspectiva autonomista a otra centrada en un proyecto hegemónico.

Como corolario, después de registrar la muerte del marxismo ortodoxo y la ausencia de una “vigorosa intelectualidad letrada indígena e indianista”, García Linera señala la existencia de “pequeños núcleos de marxistas críticos los que con mayor acuciosidad reflexiva vienen acompañando, registrando y difundiendo este nuevo ciclo del horizonte

indianista, inaugurando así la posibilidad de un espacio de comunicación y enriquecimiento mutuo entre indianismos y marxismos, que serán, probablemente las concepciones emancipativas de la sociedad más importantes en Bolivia en el siglo XXI” (392). Se refiere obviamente al grupo Comuna y, en especial, a su propia labor intelectual, la que le permitirá posteriormente asumir el papel de ideólogo e interlocutor de las clases medias ilustradas radicalizadas dispuestas a acompañar el movimiento indígena-campesino encabezado por Evo.

El último ensayo de esta compilación es un texto inédito de 2008 en el cual García Linera traza un primer balance del gobierno de Evo Morales y plantea una serie de apuestas teóricas y estratégicas en las cuales se despliega plenamente su adhesión al gramscianismo y el tema de la hegemonía adquiere centralidad y densidad.

García Linera establece una periodización del proceso político boliviano entre 2000 y 2008.

- a) El *momento del develamiento de la crisis de Estado* que es cuando el sistema político y simbólico dominante que permitía hablar de una tolerancia o hasta acompañamiento moral de los dominados hacia las clases dominantes, se quiebra parcialmente, dando lugar a un bloque social políticamente disidente con capacidad de movilización y expansión territorial de esa disidencia convertida en irreductible.
- b) De consolidarse esa disidencia como proyecto político nacional imposible de ser incorporado en el orden y discurso dominante, se da inicio al *empate catastrófico*, que habla ya de la presencia no sólo de una fuerza política con capacidad de movilización nacional como para disputar parcialmente el control territorial del bloque político dominante, sino además, de la existencia de una propuesta de poder (programa, liderazgo y organización con voluntad de poder estatal), capaz de desdoblar el imaginario colectivo de la sociedad en dos estructuras políticas-estatales diferenciadas y antagonizadas.
- c) *Renovación o sustitución radical de elites políticas* mediante la constitución gubernamental de un nuevo bloque político que asume la responsabilidad de convertir las demandas contestatarias en hechos estatales desde el gobierno.
- d) *Construcción, reconversión o restitución conflictiva* de un bloque de poder económico-político-simbólico desde o a partir del Estado, en la búsqueda de ensamblar el ideario de la sociedad movilizada con la utilización de recursos materiales del o desde el Estado.
- e) *Punto de bifurcación* o hecho político-histórico a partir del cual la crisis de Estado, la pugna política generadora de desorden social creciente, es resuelta mediante una serie de hechos de fuerza que consolidan duraderamente un nuevo, o reconstituyen el viejo,

sistema político (correlación de fuerzas parlamentarias, alianzas y procedimientos de recambio de gobierno), el bloque de poder dominante (estructura de propiedad y control del excedente) y el orden simbólico del poder estatal (ideas fuerza que guían las temáticas de la vida colectiva de la sociedad). (394-5).

La periodización de García Linera establece que en el año 2000 se inicia la crisis estatal, que el empate catastrófico se instala en 2003, que la sustitución de elites gubernamentales se realiza en 2006, con la elección del Evo, mientras que la construcción del nuevo bloque de poder económico está en curso y el punto de bifurcación emerge de la aprobación de la constitución y el referéndum de agosto del 2008.

Por otra parte, el “vice” destaca tres mecanismos complementarios de conducción del Estado:

Por una parte, mediante la presencia directa de las organizaciones sociales en la definición de las principales políticas públicas que son formuladas en ampliados y congresos, y que son la base de las acciones de gobierno que impulsa tanto la Presidencia como la bancada mayoritaria del Congreso. En segundo lugar, por medio de la presencia directa de representantes de los sectores sociales movilizados en distintos niveles del aparato estatal (Presidencia, ministerios, direcciones, Parlamento, constituyente). Por último, a través de la lenta promoción de una nueva intelectualidad en funcionarios públicos vinculados a las expectativas y necesidades de este bloque de productores (399).

García Linera sostiene que nuevas clases sociales “políticamente visibilizadas a partir de nuevas identidades étnicas, culturales y regionales” (idem) están tomando el control del Estado por medio de una sustitución de élites que promueven una apropiación estatal del excedente y su redistribución, la cual favorece tanto a los sectores nacionales frente a los extranjeros como a los sectores sociales mayoritarios. Se forjó así una alianza indígena popular y de la clase media letrada de la administración estatal que plasmó el carácter nacional-popular del proceso de transformación.

El asentamiento de una hegemonía nacional-popular, según García Linera, se manifiesta en la descolonización, el pluralismo cultural, el estatalismo productivo, la democratización social de la política y la desconcentración territorial del poder. Al convertirse en sentido común, se



impuso un liderazgo moral e intelectual por parte de las fuerzas socioeconómicas emergentes. Gramscianismo puro.

En la correlación de fuerzas, en el momento del *punto de bifurcación*, siguen pesando inercias internas a la lógica estatal así como la presencia de un proyecto restaurador. Pero ya se resolvió el *empate catastrófico*, en la medida en que un solo proyecto cuenta con “fuerzas de movilización y liderazgo nacionales” (409) y, por lo tanto, en el punto de bifurcación se abre la “la estabilización del sistema o construcción de un orden estatal que devuelva la certidumbre a las estructuras de dominación y conducción política” (410).

En conclusión, relevado el pasaje de un énfasis autonomista a una reflexión centrada en la cuestión de la hegemonía, hay que reconocer que una continuidad teórica de fondo atraviesa el análisis de García Linera sobre el Estado, sea para desmenuzar las dimensiones de su crisis o, posteriormente, destacar las perspectivas de su rearticulación poscolonial, multicultural y posneoliberal. Estado y movimientos sociales, su relación antagónica o su posible articulación, constituyen el corazón de sus inquietudes políticas y búsquedas intelectuales.

Al margen de las interpretaciones y las distintas lecturas que puede suscitar, no cabe duda que la antología que compiló Pablo Stefanoni ofrece la oportunidad de acercarse al pensamiento de un autor imprescindible para pensar América Latina desde Bolivia y de conocer las ideas de un protagonista de la disputa política que atraviesa a la región.